

EL CASCABEL

PERIODICO SEMANAL

DIRIGIDO POR

DON CARLOS FRONTAURA

DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

LO QUE SE DICE.

—¿Ha leído V. el discurso de apertura de las Cortes?
—Sí, señor; un papel como tantos otros que vengo leyendo desde la revolución acá.
—Aquello de que no se impondrá jamás, es un buen golpe, ¿verdad?...
—¡Vaya! Un golpe muy bonito; ya nos lo ha dicho dos veces; á la tercera habrá que darle recibo.
—Y ya ve V., que eso de que no se impondrá ya lo sabemos, porque tampoco España se dejaría imponer.
—Lo que me tranquiliza es que dice que no habrá que acusarle de abandonar el puesto, etc., etc.
—No, eso no; nadie le acusaría, nadie, si le abandonase. ¿Le acusaría V.?
—Yo no, hombre; al contrario, le desearía muy buen viaje y todo género de prosperidades.
—¿Le parece á V. que aquello de que el gobierno castigará inexorable á los carlistas, está bien en boca de un monarca que no ha tenido la suerte de nacer en España?...
—No, señor; el gobierno ha hecho mal en hacerle decir semejante cosa. Parece una amenaza...
—Será que nosotros no lo entendemos.
—¿Qué lo hemos de entender?...
—También me parece que hubiera sido prudente no decir aquello de *derrotados en los comicios*, porque todo el mundo sabe cómo se han hecho las elecciones, y qué escándalos, sin ejemplo, ha habido.
—Y ahí están los periódicos de todos los partidos que dan cuenta de esos escándalos.
—El párrafo referente á la sublevación carlista es lastimoso verdaderamente. Decir que la clemencia es estéril me parece un grandísimo error; eso no debe decirse nunca, porque nunca es estéril la clemencia, nunca, aunque se corresponda á ella con ingratitud.
—¿Y qué le parece á V. lo que dice de la Hacienda?
—¡Hombre! Eso es hablar de la mar. La Hacienda no tiene remedio, desde que Figuerola vino á regenerar-

la; es cosa perdida, y lo que debía haberse ofrecido en ese discurso es suprimir el ministerio de Hacienda, en vista de que la cosa ya no tiene compostura.

—Habrá V. advertido que también habló el monarca de *nuestros errores en la gestión de la fortuna pública*.

—¡Hombre! Pues él en eso, ¿qué error puede haber cometido?... El cobra lo que le pagan, y en esto no creará que hay error, ni mucho menos.

—Es un decir; no sea V. tan material.



—Pero, ¿ha visto V. qué furiosos vienen los periódicos ministeriales pidiendo el exterminio de los carlistas, é insultando alguno de ellos á los que están presos por haber pertenecido á la junta carlista?

—Ya lo he visto; también he visto un artículo titulado *Palo á los curas bandoleros*.

—Semejante lenguaje me parece muy imprudente.

—¿Qué quiere V., amigo? Esa es la política en España. ¡Maldita política! ¡Odios, insultos, traiciones!...

—Y mire V., me ocurre una cosa.

—A ver.

—Que estos revolucionarios son los que menos autorizados están para tronar contra los que se sublevan, porque, ¿me quiere V. hacer el favor de decir qué otra cosa han hecho ellos siempre?

—Es claro, siempre se han sublevado.

—Debían tener más prudencia.

—Sí, señor, más prudencia debíamos tener todos, pero esa es una virtud desconocida en política.



—Dígame V., ¿sabe V. quiénes son los consejeros del rey?

—¡Hombre! Los ministros.

—¿Son ellos los que escriben lo que él lee luego?

—Sí, señor, ¿quién ha de ser?...

—¿Son ellos los que le dicen lo que pasa, y los que le pintan la situación?...

—Sí, señor, ¿por qué lo pregunta V.?...
—Porque me alegro de no ser yo el rey.



—¡Oh! D. Jesus, ya sabe V. lo que hay.
—No, no, señor; no sé nada.
—Pues los carlistas...
—Abur.
—Pero, hombre...
—Es que no quiero que me dé V. noticias; no quiero saber nada, nada...
—Le iba á decir á V. que los carlistas...
—Nada, no lo oigo; estoy ya mareado á fuerza de oír las noticias que me dan los amigos de la situación y los amigos de los carlistas, y no quiero saber nada, porque estoy persuadido de que no se sabe la verdad...
—Pero, hombre, el suplemento amarillo de *La Correspondencia* dice...

—Que diga lo que quiera. Lo que hace ese suplemento es alarmar todas las mañanas á todo el mundo, y lograr que se le indigeste el chocolate al honrado vecindario.

—Pues todo el mundo habla de los carlistas...

—Pues yo no quiero hablar; no quiero más que deplorar la situación en que nos hallamos, y pedir á Dios que á los carlistas y á sus contrarios les inspire caridad y amor al prójimo, y no tengamos que dar al mundo el espectáculo de una guerra civil sangrienta y asoladora. Quede V. con Dios, y El nos proteja á todos.



—Chico, el sábado se abre el circo de Price.

—No me importa.

—La compañía es superior. Anuncia D. Tomas que ha contratado los mejores acróbatas, cómicos, saltarines, etc., etc.

—¡Cá, hombre, cá!

—Te digo que sí.

—Yo te digo que no; mientras no contrate á una docena de personajes políticos de los que más figuran en España, no puede decir M. Price que tiene buenos acróbatas y excelentes saltarines.

—En eso tienes razón.

—Ya lo creo.



—Ya ve V. lo que pasa, D. Blas.

—Ya lo veo. Y quisiera meterme en el más escondido rincón...

—¿De miedo?

—No, señor, de vergüenza, por haber creído en Setiembre del 68 que aquella revolución podía producir algo bueno.

—Ya ve V. lo que ha producido.

—Una deuda enorme, el aniquilamiento del país, la más espantosa confusión de ideas, las más ruines pasiones, la inmoralidad, el desorden administrativo, político y social, y para colmo de desventuras, la guerra civil.

—Todo podía haberse evitado.

—Ya lo creo; pero la ambición y la soberbia de los hombres no tienen límites.

—Si se hubiera proclamado al príncipe Alfonso...

—Ese era el camino derecho.

—¡Pobre España!

—Esperemos en la Providencia, y ¡ojalá cese pronto de correr la sangre generosa de los que deben amarse como hermanos!

—¡Ojalá!



—¿Vas á salir?

—Sí; voy á preguntar cómo está Necedal, á un pariente suyo.

—¿Pues no hablabas tan mal de Necedal?...

—Sí, pero, hija, ahora conviene que me muestre amigo suyo.

—¿Va á ser ministro?...

—No; pero ¿quién sabe si el día de mañana?... Ya ves que con mi sistema no me va mal. Cuando reinaba doña Isabel II era isabelino, ahora soy amadeista, y mañana... lo que sea mejor: carlista, alfonsino ó federal. También voy á dejar tarjetas á casa de Lersundi y á la de Pi y Margall. Hay que ser hombre prevenido... Sobre que yo no quiero dejar nunca de tener empleo.

LA MADRE DE LA DAMA JOVEN

Conclusion.

IV

Virtudes está hace años en el teatro haciendo papeles de dama joven, y no ha cumplido lo que prometía cuando niña. Es una damita regular y nada más; pero su madre cree que vale mucho más que Matilde y Teodora, y que, si no le dan papeles de primera dama, no es por otra cosa sino por miserables intrigas y envidias de las demas actrices.

Es, pues, ocioso decir que doña Rosario no puede ver ni pintadas á las artistas que pertenecen á la misma compañía que su hija; á todas las mira con cierto desden, no solo porque ella es una señora que nunca creyó tener que rodar por los teatros, sino porque en todas ha descubierto defectos y debilidades muy vituperables.

Ella es la que propala cuanto puede perjudicar en su reputación á las rivales de su hija; ella sabe qué actor mira con buenos ojos á la graciosa; cuál es el motivo de que siempre tenga ajuste la característica, que ha perdido la voz, y por qué está escriturada también la hija de la característica, que no tiene más que fachada, y en las tablas no sabe mover las manos ni los piés, y habla con una lengua de estropajo que da fatiga oírla. Pero al empresario le gusta, y por eso la ajusta, así como á la madre, que es una bruja, dicho sea sin ánimo de ofenderla.

También su hija podría prosperar; pero como ella es una señora, y todos saben que su hija es hija de una señora, y que á ellas no se les pueden proponer ciertas cosas, por eso su hija no sale de hacer papelitos de poco más ó menos, y no se la deja lucir.

Esto se lo cuenta doña Rosario á todo el que la quiere oír, y suele ocasionarle algun grave disgusto, porque las demas actrices no estiman oportuno dejarse despellejar impunemente; pero no por eso hace menor destrozo en las reputaciones ajenas la lengua de doña Rosario. Tiene en su favor la facilidad con que generalmente se da crédito á todo lo que se dice en desdoro de las actrices, y hay muchísimas personas que creen como artículo de fe toda calumnia que inventa doña Rosario.

Cuando se reparte una obra nueva, siempre tiene alguna observacion que hacer, siempre se cree en el caso de reclamar; ella reclama, aunque su reclamacion sea desatendida, porque, como ella dice, no quiere pasar plaza de tonta.

—D. José, le dice al empresario, con permiso de estas señoras.

El empresario en el ensayo siempre está hablando con las señoras de la compañía ó con las del cuerpo de baile, que es un cuerpo muy distinguido siempre por los empresarios.

—Usted dirá, señora, dice el empresario, separándose del grupo de señoras.

—Nada, queria decirle á Vd. que el papel que le han repartido á la niña es el peor de la comedia.

—Señora, eso al autor.

—Como aquí el autor no toca pito, y D. Juan (el primer actor) y Vd. son los que hacen y deshacen... ¿Le parece á Vd. bien que mi hija haga el papel de hija natural de un sargento frances?...

—No sé que tenga nada de particular.

—Para Vd. no, pero para ella y para mí tiene mucho, porque á nosotras nos conoce todo Madrid... y luego que el papel en sí no vale nada. ¿Por qué no se lo ha dado usted á la Manolita Perez?...

Esta es la hija de la característica.

—Señora, porque la Manolita hace el papel en la pieza.

—Ese sí que es un bonito papel... Mire Vd. como á Virtudes no se le reparten piezas como esa.

—Ya se le repartirán, señora.

—Sí, ¡buenos son Vds.! Es claro, ya sé yo por qué es todo eso; porque como nosotras no somos como otras... En fin, ese papel es muy malo.

—Pues ya se le dará otro bueno.

—Y no debia hacerlo. Conque yo se lo digo á usted para que sepa que, si hace el papel mi hija, es porque es demasiado buena y porque no somos como otras. ¡Ah! tambien le tengo que decir á Vd. que nos ponga otro cuarto, porque mi hija no se viste ya en el mismo que la Trinidad...

—¿Y por qué?

—Porque á la Trinidad van a verla muchos jóvenes, de esos poetillas sin un cuarto y periodistas insolentes, y puede figurarse alguien que van por mi hija. Si ella quiere visitas que las tenga... Así le ponen luego esas gacetillas en los periódicos. ¡Jesus! ¡Para que mi hija fuera á pedir que le pusiesen un suelto!...

—¿No tenía Vd. más que decirme?

—Ahora nada más, sino que sepa Vd. que no somos tontas.

Parecida conversacion tiene con el autor de la obra, quien la tranquiliza prometiéndole que va á escribir para Virtudes un papel de mucho sentimiento.

—A ver si lo hace Vd., dice doña Rosario, para que vean que mi hija sabe hacer lo que haga otra, y mejor. ¡Jesus! ¡Tengo más ganas de perder de vista el teatro!... ¡Esto no es más que para cierta clase de gentes!... ¡Cuando una es una señora y ve ciertas cosas!... En fin, don Arturo, á ver si le hace Vd. el papel á la niña. Por usted hace el de esta obra; pero ya le he dicho al empresario lo que viene al caso, y aún no se lo he dicho todo, porque una no puede olvidar que es una señora, y tiene que tener prudencia, aunque no vea una más que injusticias. Vamos, que anoche toda la noche estuvo Vd. en el palce de la Gomez...

—Entré un rato...

—Sí, toda la funcion. ¿Ha notado Vd. cómo la huele el aliento?

—No, señora.

—Pues, hijo, si vuelca...

—A mí no.

—Pues no tiene Vd. poca suerte. Es muy guapa, eso sí; pero, amigo, esa falta es garrafal.

Doña Rosario está siempre ojo avizor para que su hija no se enamore de ninguno de la compañía, porque tiene su plan trazado y no quiere que se le malogre la muchacha. Desea doña Rosario que su hija case con algun capitalista, ó cosa así, ó siquiera con un marqués, aunque sea entrado en años.

Ella sabe que muchas cantantes y algunas actrices y varias bailarinas han hecho buenas bodas, y quiere que su hija no sea tonta, y no se vaya á casar con algun actor tronera, ó con algun poeta entrampado, ó con algun músico buen mozo que no tenga un cuarto.

La virtud de su hija es ya proverbial, y no duda que esta virtud tan ponderada atraerá á algun caballero de las condiciones que ella desea.

Este es el desagravio que anhela ofrecer á la memoria de sus padres y de su esposo, que deben estar en el otro mundo muy apesadumbrados, si allí se ha sabido que su nieta é hija pertenece al teatro.

¿Conseguirá su intento la famosa doña Rosario?

¿Quién sabe?... Pronto ha de ser, porque de lo contrario temo mucho que su hija se deje aprisionar en las redes de amor que le tiende un cierto galan de carácter, recién venido de provincias, viudo, y que es un buen mozo irreprochable.

Muy escamada está doña Rosario con el galan de carácter, y buenos consejos da á su hija para que se reserve para el capitalista ó marqués ó ministro que cualquier dia le puede ofrecer la mano y el corazon; pero ¿podrá Virtudes esperar? ¿Podrá sofocar la llama del amor que ya brota en su corazon?...

Y será lástima que el galan de carácter triunfe, porque él, eso sí, es un buen mozo, pero como comediante

es de lo más malo que se conoce, y como hombre lo es más que Cain.

Yo creo que Virtudes se malogrará, y que doña Rosario tendrá que exclamar muchas veces todavía:

«¡Si levantaran la cabeza mis padres y mi esposo!...
»¡Más vale que no la levanten!»

¡LA GUERRA CIVIL!

—Vecina, ¿á dónde vas?...

—¿A dónde vas tú?...

—Yo no lo sé...

—Yo tampoco. ¿A dónde voy yo, si ya no he de encontrar á mi hijo?...

—¿A dónde iré yo, si no he de encontrar á mi esposo?...

—A mi hijo le han muerto los liberales...

—A mi esposo le han muerto los carlistas.

—¡Pobres de nosotras!

—¡Maldita sea la guerra!

—¡Maldita sea!

—Señor, ¡por Dios! deme V. trabajo.

—Pero, hombre, si no tengo ahora trabajo que dar. ¿Qué trabajo ha de haber en estas circunstancias?...

—No pido por mí, señor; pido por mis hijos...

—¿Tus hijos?... Yo creí que no habias tenido hijos en tu matrimonio.

—Pues ya los tengo. Los cuatro niños de Anselmo, que se quedó viudo hace tres meses, ya no tienen padre tampoco.

—Pues ¿qué le ha sucedido al pobre Anselmo?...

—Salió con una partida, y le han muerto...

—¡Pobre padre!...

—Dos días hacia que sus cuatro hijos le esperaban en el caserío sin comer..., y si yo no llego á pasar por allí, muertecitos estarían á estas horas. Yo soy un pobre, pero no he dudado en recoger á los cuatro. Ya tienen padre otra vez; ahora sólo falta que su nuevo padre los pueda mantener... Por ellos pido, no por mí, señor.

—Noble acción la tuya, y Dios te la premiará. Yo te prometo que en habiendo trabajo, no te faltará. Entre tanto, ahí va ese dinero para que puedas esperar.

—Dios se lo pague á V...

—¡Maldita sea la guerra civil!

—¡Oh, sí! ¡maldita guerra!

—¡Desgraciada María!

—¡La doncella más hermosa de la comarca!...

—¡Muerta á los diez y nueve años!

—¡La infeliz no pudo resistir el tremendo golpe!...

—¿Y cómo fué esa desgracia?

—La otra tarde vino Alberto, su novio, á verla; y es claro, como se iban á casar cuatro días despues, tenían muchas cosas que decirse... Ya era de noche cuando el pobre se volvía al pueblo tan contento... Antes de llegar al pueblo le dieron el *¿quién vive?*...; el chico se aturdió... le cogieron preso, y nada se volvió á saber de él, hasta que el mártir corrió la triste noticia de que, tomándole por espía, le habían fusilado... Esa noticia fué como una puñalada para María. Seis días ha vivido la triste.

—Y, por supuesto, ¿él no sería espía?...

—¿Qué había de ser?... pero en tiempo de guerra civil sucede eso tantas veces...

No hubo necesidad de otra cosa que de aumentar dos cubiertos.

—Nos viene bien, dijo Francisco Estévan; porque con todas estas cosas no hemos comido desde por la mañana: cenemos, doña Clara, cenemos con nuestros amigos; me atrevo á decir que estais en vuestra casa.

—¡Pues no! ¡pues no! exclamó D. Serafin; ya lo creo, muchacho, ya lo creo: en su casa y muy en su casa; sentémonos, yo tengo apetito; qué diablo, cuando se está toda la tarde de pié detrás del mostrador y perdiendo saliva y paciencia... cenemos.

D. Serafin estaba aturdido.

Su vida monótona, siempre igual, se había iluminado de repente con un episodio romancesco.

Empezó la cena.

Nosotros concluimos este capítulo.

CAPÍTULO VI

En cuyo final Francisco Estévan recibe una gratisima noticia y se le desvanece un sueño á D. Serafin.

I

Estrañábase á todos el ostentoso traje árabe de la jóven, y más aún las riquisimas alhajas que la embellecían.

EL GUAPO FRANCISCO ESTEVAN

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuación)

Doña Clara levantó la cabeza por no pasar por grosera, y sonrió.

D. Serafin se hizo atrás.

Le había deslumbrado un relámpago de hermosura.

Doña Clara tenía los ojos negros como los cabellos, era blanca como las azucenas, y la regularidad y la armonía de sus formas, y la energía de su expresión, la hacían una criatura admirable.

Doña Mónica se apresuró á saludarla, á agasajarla, á llevársela consigo.

Todos subieron al comedor, donde estaba la mesa servida para la cena.

—¿Y el padre de Alberto?

—El padre, el hombre más pacífico del mundo, se ha ido desesperado con los carlistas... Temiendo estoy que tenga el mismo fin que su pobre hijo. Y milagro será que la madre de María no pierda la razón.



—¡Apunten!...

—Mi capitán, un momento.

—¿Qué es eso?...

—Señor, máteme V., máteme V. al lado de ese infeliz que va á morir, pero yo no puedo hacer fuego contra ese hombre...

—¿Por qué?

—Porque es mi compañero de la infancia, casi mi hermano, porque su padre salvó la vida al mío.

—V. cumplirá su deber, V. es soldado, y tiene que obedecer y disparar contra ese hombre.

—Antes muera que tal haga, señor.

—¿Sabe V. la pena que tiene esa desobediencia?

—Sea la que quiera, la sufriré gustoso, ántes que matar al hijo del salvador de mi padre, á mi hermano de la infancia.

—(¡Tiene razón este soldado!... ¡Maldita guerra civil!...)

—¿Duda V., mi capitán?... Sí, porque tiene V. buen corazón...

—No, no dudo; mi deber ántes que todo. V. hará fuego...

—No puedo, mi capitán.

—Pues será V. juzgado en consejo de guerra.

—En hora buena, y moriré, si esa pena merece mi falta, con la conciencia tranquila.



¿Cómo si era una doncella cristiana robada de Almuñécar por los piratas y salvada por Francisco Estévan, vestía aquel traje?

D. Serafin y doña Mónica estaban inquietos, sus hijas curiosas.

Pero no se atrevían á cometer una indiscreción.

En cuanto á los mancebos de mostrador que comían á la mesa de su principal, cenaban y callaban, pero de tiempo en tiempo lanzaban una mirada absorta y hambrienta á doña Clara.

Francisco Estévan lo notaba todo esto.

II

—Doña Clara fué robada hace un año, dijo.

—¡Un año! ¡Dios mío! exclamó horrorizada doña Mónica: ¡y habeis estado un año entre esos salvajes!

—Me han tratado con el mayor respeto, señora, casi con adoración, se apresuró á contestar la jóven.

—Pues yo creía, dijo sencillamente doña Mónica, que esos herejes no respetaban nada.

—Dios, y siempre Dios, contestó la jóven.

Doña Clara os contará su historia, dijo Francisco atajando la conversación, y cuando la hayais oído, cesará vuestra estrañeza: ahora oidme á mí, y sabreis lo que nadie sabe en Cartagena; esto es, que he dado caza y

—Una limosna para esta pobre madre y para estos niños, sin hogar y sin pan.

—¿Cómo se atreve V. á salir, buena mujer?... En la montaña se están batiendo, y hasta aquí llegan las balas. Se expone V. mucho.

—Ya lo sé, pero ¿qué he de hacer?... Ayer tenía yo también en la montaña una pobre casita y un pedazo de tierra. Hoy no tengo nada.

—Pues ¿cómo?

—Se refugiaron en mi casa unos hombres perseguidos por otros, y estos, para hacerlos salir, prendieron fuego á mi casa. Ya sólo se conoce que allí ha habido casa porque todavía no se ha llevado el aire todas las cenizas...

—¡Pobre mujer!... Entre V. y no exponga á esos niños. ¿Quién sabe si mañana tendremos casa nosotros?... En tiempo de guerra civil, ¿qué hay seguro?



—Anciano, ¿qué pueblo es este donde no veo gente, ni se nota la actividad del trabajo?... Yo soy extranjero en esta tierra.

—Solamente así puede V. ignorar lo que aquí pasa.

—Pena me ha dado ver ese hermoso campo abandonado...

—Es que los hombres de este pueblo ya no trabajan ya no viven en sus hogares...

—Pues ¿qué hacen?

—Están en la guerra.

—¡Aquí hay guerra!

—Sí, señor, y la más horrible, la guerra civil.

—¡Ah! ¡desgraciada nación!

he vencido al terrible Arraez-Babil-Muza, el temido corsario de las cinco cabezas de tigre.

III

Todos trasportaron el alma á sus oídos para escuchar.

Pero la relación de Francisco fué muy sencilla, y más que todo, un expediente para impedir otra que hubiera continuado mortificando á doña Clara por las simplezas de doña Mónica.

Francisco Estévan se había ido sobre la costa de Africa.

Había hecho lo que hacían sobre la de España los argelinos.

Cerca de Túnez había desembarcado en una noche lóbrega y había acometido el baño del Arraez Babil-Muza.

Le había matado combatiendo á él y otros doce de sus piratas; el resto de la gente había huido al interior llevando la alarma.

Había encontrado en un departamento del palacio del Arraez á doña Clara, única esclava que en el alcázar había, porque las esclavas que la servían habían escapado también, había saqueado la casa y se había venido con doña Clara, con la presa y con tres cárbos que estaban varados en la playa, delante de los jardines.

(Se continuará.)

CASCABELITOS

De luto debían publicarse hoy todos los periódicos, en vista de la gravedad de las circunstancias.

Una cara risueña será dentro de poco objeto de investigaciones y cálculos por parte de los aficionados á la arqueología.

La risa no se cotiza ya en el mercado político de España, y la sátira culta huyó para siempre de nuestras costumbres.

La politiquilla, que ha secado todas las fibras nobles del corazón, reina ahora sin rival en nuestra patria. La ambición atiza el fuego de las pasiones, y la cosa está que arde.

Pero ¿á qué fin semejantes lamentaciones, dirá algún lector impaciente? ¿Qué me importa esa serie de reflexiones y quejas?

Háblame de mi España, Teudía amigo:

háblame de ella, etc., etc.,

como dice Zorrilla en *El Puñal del Godo*. Si los hechos son graves, yo los comentaré á mi sabor: si no lo son, no quieras meternos el corazón en un puño. De todas maneras, tu deber es hacer que suenen los cascabeles en tono de fiesta, aunque su sonido parezca el de las campanas de un funeral.

Tienes razón, lector sincero y benévolo. Voy á llenar la misión que me está encomendada, como Dios me dé á entender. Si mis noticias te enojan, en vez de hacerte reír, culpa á las circunstancias, no á mi deseo.

Ya habreis sabido que fuí profeta al anunciaros que las partidas de Cataluña traerían mucha cola.

Al tiempo en que escribo estos renglones, pasan de veinte las provincias que están cuajadas de partiditas. algunas de más de ochocientos hombres, uniformados con la mayor coquetería: traje parecido al de nuestro ejército y boina blanca, azul ó verde, según los gustos de las respectivas individualidades que las llevan.

El gobierno, que tiene el deber de la propia defensa, ha llamado á las armas á la primera reserva, y trata de formar dos cuerpos de ejército, destinados á operar en Navarra y las Provincias Vascongadas, foco de la insurrección.

Todo indica que va á correr sangre española en abundancia.

¡Quiera Dios alejar de nuestra patria las funestas consecuencias de una guerra civil!

El palacio del Congreso no se ha creído seguro, y ha llamado en su auxilio nada menos que á dos leones de bronce, fundidos con los cañones que fueron cogidos en la brillante campaña de Africa.

Uno y otro parecen pensionistas de Figuerola, por lo escualidos y enojados, y desde ambos remates de la escal-

nata miran con inquietud á los dos lados de la Carrera de San Jerónimo, como si temieran de un momento á otro ver aparecer á los generales Serrano y Pierrad, dispuestos á reproducir las escenas de 1856.

Están bien cincelados; pero su actitud nos parece excesivamente dramática, y no responde á las pacíficas deliberaciones que, pensando piadosamente, han de tener lugar en el interior del edificio.

Cada uno de dichos leones sujeta bajo su garra una bola de bronce también, simbolizando acaso que España domina en ambos mundos; alegoría que no podrá menos de infundir tristeza; pues, para ser exacta, el león debía estar medio muerto, y los dos mundos colocados sobre su lomo, impidiéndole todo movimiento. La gente alegre y decidora ha dado en repetir que aquellas bolas son unas de tantas como circulan por la Carrera de San Jerónimo; que los leones tienen dentadura postiza; que el vaciado en bronce de los primitivos modelos se ha perdido con el cincelado, y que simbólicamente no tienen otra significación que la de una muestra cualquiera, dando á entender que el edificio á cuya puerta están es una casa de fieras.

Dejemos nosotros á los leones en su sitio y á los maldicientes en el uso de la palabra, y pasemos desde el Congreso al Senado.

Ya sabrán Vds. que el miércoles se inauguró la nueva legislatura. El rey Amadeo, obligado á leer un discursito, que parece escribió el joven ministro de Fomento, y que como ejercicio literario sería rechazado en la clase de retórica y poética, llenó su cometido á satisfacción de la concurrencia, asombrada de que ya supiera pronunciar el español. Un curioso ha hecho la observación de que apenas hay jotas en el discurso; pero no hagan Vds. caso.

El discurso de la Corona es, por otra parte, muy parecido á los demás documentos del mismo género: muchas promesas, muchos pronósticos de ventura, muchas palabras inútiles.

Dos puntos encierra, sin embargo, sobre los cuales diré, con el necesario respeto, algunas palabras. Es el primero el anuncio de que *aquellos derechos* que Vds. saben, pasarán de ilegislables á legislados y limitados. Esto no me da á mí frío ni calor; pero no puedo dispensarme de reflexionar que si era imposible gobernar con ellos, no debieron consagrarse en la Constitución, y si la Constitución los consagra, no deben limitarse, bajo el pretexto de que no se puede gobernar con ellos.

El segundo punto se refiere al anuncio, más bien, á la recomendación, de que sea el gobierno inflexible con los insurrectos, porque la clemencia es siempre estéril. Esta idea, emitida por el autor del discurso, no ha debido nunca aceptarse por sus compañeros, porque ofende á los generosos impulsos del rey. La ley puede ser inflexible; pero la prerrogativa de perdonar no debe abandonarse nunca.

La sesión regia fué brillante: parecía un estreno dramático. El elemento femenino era muy numeroso en el antiguo palacio del Senado, y los diputados jóvenes se distraían más de lo que á la gravedad de su cargo correspondía.

Pero, ¡señora *Correspondencia!* que haya carlistas en campaña no es motivo para que V. destroe la geografía en esos suplementos amarillos que da V. ahora por la mañana para después del chocolate.

El otro día se permitió V. decir que Ochandiano era de la provincia de Burgos, é inventó el pueblo de San Martín de Campera, que no puede ser otro que San Martín de Campezu.



Grande y merecido éxito ha logrado en el teatro del Príncipe la comedia *Amar á ciegas*, original de D. Luis Calvo y Revilla, hermano del distinguido primer actor de dicho teatro.

Es una imitación felicísima de nuestro teatro antiguo, y abunda en delicados y nobles pensamientos. La fábula es sumamente ingeniosa, á la vez que sencilla; la acción se desarrolla fácilmente, y toda la obra, en fin, revela en el Sr. Calvo un verdadero autor dramático.

Felicitámosle sinceramente, celebrando, como debemos, el gran éxito de *Amar á ciegas*, no sólo por su autor, sino por la escena española.



¿Quiéren Vds. leer una bonita novela?

Pues compren en nuestra administración *El Barbero de París*, de Paul de Kock, que cuesta 6 rs. en Madrid y provincias.



El Dr. Cowley ha sido agraciado con una encomienda de Carlos III

Verdaderamente la merece por su ciencia, y por sus servicios en las invasiones del cólera en la Habana, y como catedrático en aquella universidad.

Siempre debían darse con igual justicia esas distinciones.



Una súplica tenemos que hacer á las partidas carlistas que andan ahora por Aragón y Navarra.

Si por casualidad encuentran en algún barranco dos paquetes de pliegos de Los Niños, hagan el favor de enviarlos á esta redacción, porque serán sin duda los que en 29 de Mayo del año anterior enviamos, certificados, á Barcelona, que todavía no han llegado á su destino.



Siempre se ha mentido mucho en el mundo.

Pero como ahora, nunca.

La sublevación carlista es la ocasión de los mayores embustes que se pueden imaginar.

Yo he renunciado ya á preguntar á nadie nada acerca de dicha sublevación, porque no quiero que me digan mentiras.

Una sola noticia hay cierta: que la situación es gravísima, y que de todo lo que pasa y lo que pase, tienen la culpa los autores, promovedores y cómplices de la gloriosa; es decir, de la revolución más estéril, inútil y perturbadora que se hizo en España.

Si esos señores tuvieran conciencia, deberían pasar una vida muy amarga.

Pero, ¿quién habla de conciencia á los políticos?



—¿Es aquí la administración de EL CASCABEL?

—Sí, señora.

—Vengo á dar gracias al periódico.

—No sabemos por qué, señora.

—Porque con el elogio que hicieron Vds. el otro día de los corsés de la fábrica establecida en el núm. 1 de la plaza de Celenque, me han dado Vds. la tranquilidad. Figúrense Vds. que hace diez años que, á pesar de gastar mucho dinero, no he logrado tener un buen corsé. Fui allá el otro día, y ya tengo uno que no lo daría por nada del mundo. Si fueran Vds. señoras, les suplicaría que lo examinasen. Puesto lo traigo, y ya no me separaré de él nunca.

—Mucho celebramos lo que V. nos dice.



—¡Ah! ¡qué cabeza! ya se me olvidaba decir á Vds. otra cosa.

—¿Cuál?

—Que también tomé unos abanicos y una sombrilla en la tienda de Torre, al lado de la fábrica de corsés, y estoy contentísima. No hay nada más bonito ni más barato. A todas las amigas les digo que compren allí.

—Nos alegramos, y V. mande otra cosa.



En el taller de encuadernación de Sobrino, calle de Vergara, 10, se encuadernan muy bonitamente en tela inglesa los tomos de *Cuentos de salón*, al increíble precio de tres reales.



Recomiendo á Vds. el libro *Estereoscopio social*, que acaba de publicar el Sr. D. José Alcalá Galiano.

Es un libro humorístico, lleno de ingenio y amenidad.



Con el número de hoy repartimos en Madrid, y mañana enviaremos á provincias, el cuaderno cuarto de *Cosas del año*, que contiene ocho páginas más sobre las 32 ofrecidas.

El retraso en venir de Bilbao el papel que empleamos en este libro, ha sido causa de que no se haya podido repartir antes.

Remediaremos esta falta en los meses sucesivos.



El Sr. Rivas ha abierto ya su elegante teatro.

La compañía de ópera es muy buena, y las obras se ponen en escena con la riqueza y el lujo de costumbre en ese coliseo.

Las circunstancias políticas son, sin embargo, poco favorables para la prosperidad de las empresas teatrales.



El número de Los Niños correspondiente al 20, contiene lo siguiente:—*Cervantes en Argel* (con lámina), por D. M. Ossorio y Bernard.—*La niña de Ibinaga* (continuación), por Perez de Liébana.—*El amor de la Virgen*, por Nuñez de Arce.—*El olivo del monte*, por Arnao.—*El criado del pa-*

nadero (con lámina), por D. Eugenio A. Flores.—*El es-pejismo*, por Olmedilla y Puig.—Santa Florentina (con el retrato).

Ningun obsequio se puede hacer á los niños mejor que la suscripcion á esta elegantísima obra.

¡Qué bueno se pone todo!

Ahora me parece que los que en Agosto y Setiembre de 1868 decían que no podían las cosas estar peor de lo que estaban, se habrán convencido ya de que sí podían estar muchísimo peor.

La gloriosa nos ha salido muy bonita, muy bonita. Y todavía falta el rabo por desollar.

Llega á mis manos un periódico, que se llama literario, y cuyo título creo prudente omitir, así como el punto de su naturaleza: le abro, y leo, entre otros, los siguientes versos:

Aguanta con gran contento
Las solfas, el ayuntamiento.

—
En el bombo, que desespera,
Da el hinchado Sampera.

—
La flauta como el asno sopla,
Martí, nuevo en la copla.

—
Solo piezas tocarán
Que compuestas por Plá serán.

—
Señores, con tal orquesta,
¡Qué lucida va á estar la fiesta!

El mismo periódico anuncia en su última plana un libro que está de venta en su imprenta, *utilísimo para corregirse de los muchos disparates que impensadamente se cometen hablando y escribiendo en castellano*.

Es cosa de regalar á sus redactores un ejemplar.

Parece que los contrabandistas se aprovechan de lo ocupados que andan los carabineros en perseguir á los carlistas, y que se hace un contrabando atroz.

¡Cuando digo yo que esto es *la mar!*

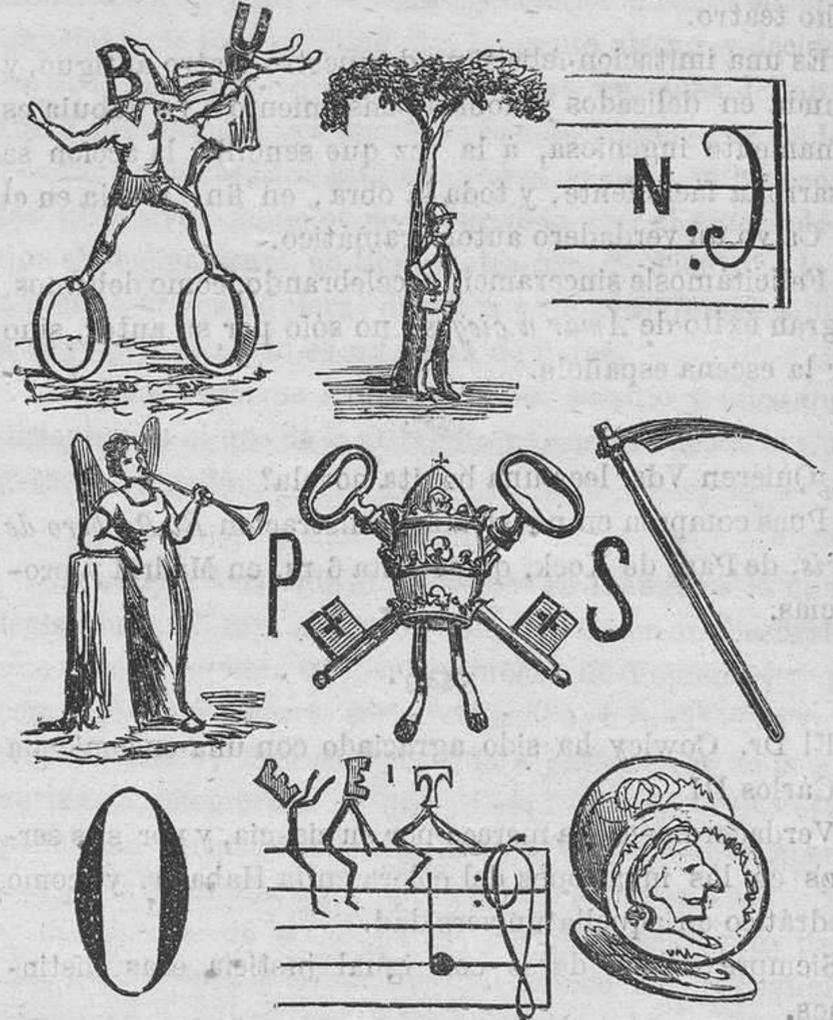
Es muy notable el nuevo libro del Sr. Tubino, titulado *Cervantes y el Quijote*. El autor demuestra su profunda erudición, su ameno estilo, y el aprovechado estudio que ha hecho de las obras del insigne ingenio cuya fama llena el mundo.

Recomendamos al público este libro.

El tomo cuarto de los *Cuentos de salon*, que contiene *La Doncella del piso segundo*, por D. C. Frontaura, se está terminando de imprimir, y en los primeros dias de mayo se pondrá á la venta.

Entre tanto vayan Vds. comprando los tres tomos ya publicados.

JEROGLIFICO.



PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU, remedio seguro para todos los que padecen de

TOS catarros, ronqueras, bronquitis, asma y demas afecciones de pecho agudas ó crónicas, facilitando en todos casos la expectoracion. **TOS**

Es el medicamento más cómodo y agradable que se conoce, y sus resultados son tan positivos, que á las primeras tomas el enfermo siente ya un gran alivio que le sorprende y anima.

Vale 8 rs. caja en toda España.

Depósito central, Farmacia del Dr. Andreu, Barcelona.—En Madrid, el doctor Simon.—Sevilla, Lopez Blesa.—Valencia, Dr. Aliño.—Zaragoza, Miró.—Valladolid, Ramon H. Huerta.—Pamplona, Dr. Gil y Colmenares.—Logroño, Zardoya.—Málaga, Prolongo.—Córdoba, Cerrillo.—Cádiz, Farmacia de las Columnas.—Jerez, Ortega.—Bilbao, Pinedo.—Cartagena, Rizo.—Santander, Marañón.—Santiago, Blanco Navarrete.—La Coruña, Villar.—Vigo, Fernandez Varela.—Ferrol, Galan.—Gijón, Rodriguez San Pedro.—Ciudad-Real, Obon.—Alicante, Bellido.—Las Palmas (Canarias), Alsina.—Oviedo, Diaz Argüelles.—Alcoy, Giner.—Barbastro, Caveró.—Ubeda, D. José de la Peña.—Murcia, Quegles.—Castellón, Fabregat.—Palencia, Fuentes é hijo.—Almería, Lopez.—Paima de Mallorca, Bestar.—Mahon, Siutas.—Ibiza Cardona y demas principales Farmacias de España. Véanse los anuncios

En la citada farmacia del señor Andreu se despachan tambien los *conocidos y benéficos* medicamentos del Doctor Ricord.

MADRID:—1872

IMPRENTA DE EL CASABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4, Recoletos.